

El mito de Alejandro Magno en las obras de Maquiavelo y en el debate político francés del siglo XVI*

Saffo TESTONI BINETTI
Università di Bologna
(saffo.testoni@unibo.it)

RESUMEN

Durante la primera edad moderna muchos mitos procedentes de las historias antiguas y recientes entran a formar parte de la cultura y del debate político e institucional. El mito de Alejandro Magno, rey de Macedonia, es un claro ejemplo. Su historia grandiosa, pero también ambigua y controvertida, y las leyendas que la rodean inspiran no sólo a artistas y literatos, sino también a pensadores políticos que quieren entender y obtener alguna enseñanza útil ya sea del condotiero audaz y afortunado, ya sea del político que ha conquistado y organizado tierras y pueblos tan diversos. Para Maquiavelo la figura de Alejandro se inserta plenamente en la línea de aquellos modelos que se han de proponer a los príncipes y poderosos; en la Francia del siglo XVI esta figura es utilizada para defender diferentes visiones de la política y del buen monarca, en el cuadro de un antimachiavelismo más ostentado que sincero

PALABRAS CLAVE: *Mito político; Alejandro Magno; Nicolás Maquiavelo; Machiavelismo; Politiques*

ABSTRACT

During the early Modern period many myths from ancient and recent histories become part of the culture and of the political and institutional debate. The Myth of Alexander the Great, king of Macedonia, can be a clear example. His great story, ambiguous and controversial as well, and the legends that surround him, inspire not only artists and writers, but also political thinkers who want to understand and get some useful learning, either from the bold and successful condottieri, or from the politician who conquered and organized such diverse lands and peoples. For Machiavelli, Alexander's figure is fully inserted in line with those models that have been proposed to the princes and powerful; in sixteenth century France this figure was used to defend different views of politics and of the good monarch, in the way of a flaunted rather than a sincere anti-Machiavellianism

KEY WORDS: *Political myth; Alexander the Great; Machiavelli; Machiavelism; Politiques*

1. Historia y mitos en la comunicación política de la edad moderna. El mito de Alejandro Magno.

El presente artículo retoma una ponencia presentada con el título *Su Machiavelli e il preteso machiavellismo dei Politiques: il discusso mito di Alessandro*, celebrado en Nápoles en 2008, en el ámbito de la investigación internacional y plurianual *Machiavellism and Machiavellisms in the Western Political Tradition*¹. El congreso napolitano centró la atención en la presencia de la cultura y de los textos clásicos en el pensamiento político moderno, al que los antiguos

* Traducción de Blanca Llorca Morell (UB). Email: blancallorcam@ub.edu

¹ El congreso internacional *I Classici in Machiavelli e nel Machiavellismo in età moderna* se celebró en la Università degli Studi Suor Orsola Benincasa los días 16 y 17 de octubre de 2008, en colaboración con el proyecto internacional de investigación *Machiavellism and Machiavellisms in the Western Political Tradition*, coordinado por Enzo Baldini. El texto de la ponencia original se publicará próximamente en las actas del congreso.

proporcionan modelos y sugerencias que resultan importantes en las elaboraciones de los pensadores políticos de los siglos XV y XVI.

La complejidad de esta relación entre historia y pensamiento político se pone de manifiesto al analizar el mito de Alejandro Magno y su utilización en la comunicación política. Este es precisamente el tema que se desarrolla en el artículo. El empleo que se hizo de este mito ilustra ejemplarmente los modos y los argumentos utilizados ideológicamente en el debate político de la primera edad moderna. Es entonces cuando, de manera particular, el pasado sirve para hablar del presente: el pasado se reconstruye, se inventa, se manipula, como también los mitos se retoman, se usan, se crean. Los pensadores políticos no pueden ignorar estos mitos: deben tomar posición y valerse de ellos en sus argumentaciones.

En el contexto histórico-ideológico se delinea con rasgos cada vez más nítidos la construcción del Estado moderno. Este ha sido un tema de interés clásico y siempre actual para los historiadores, quienes se interesan por la correspondencia entre la organización del poder² elegida o propuesta y la búsqueda de modos y reglas que sean compatibles no, ciertamente, con la conciliación de disidencias y conflictos sociales, ni tampoco con su supresión, pero sí, al menos, con su gobierno. En esta complicada trama de conflictos, el poder se presenta a los pensadores políticos de la época como problema³, no tanto en sí mismo (el uso de la fuerza aparece a todos inevitable), sino más bien como vehículo de una inquietante y ambigua relación de dominio y de obediencia entre los hombres, mediante un orden que se querría regulado y legítimo. De tal modo, en el pensamiento político, experiencia del desorden y efectos innovadores presentan una relación directamente proporcional.

En esta situación de preocupante incertidumbre, la literatura sobre el poder (concreta o conceptualmente considerado) muestra que en los albores de la edad moderna se produjeron muchos cambios radicales de estilos y de ideas. Entre estos cambios destaca la introducción de nuevos mecanismos retóricos. Estos mecanismos sólo pueden ser

² La expresión corresponde al título del conocido libro de MATTEUCCI, N., *Organizzazione del potere e libertà*, Torino, UTET, 1976.

³ Un importante congreso sobre este tema se desarrolló en Bolonia en diciembre de 2003 en el marco del proyecto de investigación internacional *Strutture sociali e poteri di governo in età moderna e contemporanea*, coordinado por Vittorio Conti. Las actas se han publicado en TESTONI BINETTI, S., (ed.), *Il potere come problema nella letteratura politica della prima età moderna*, Firenze, Centro Editoriale Toscano, 2005.

eficaces si tienen en cuenta las consecuencias derivadas de la proliferación de Estados soberanos y el sentido de las diferenciaciones entre los pueblos; en la irrefrenable búsqueda de identidades específicas, se refuerzan los rasgos distintivos de cada pueblo enfatizando peculiaridades verdaderas o presuntas de sus costumbres. La política entendida clásicamente como prudencia, como virtud, ya no se adecua a la cualidad de los tiempos; para lograr tal adecuación es necesario que la política sea confrontada con la experiencia y sea un saber técnico, en definitiva, que se presente como ciencia de gobierno, que se convierta en ciencia política.

Los pensadores contribuyen a este proceso de modernización de las relaciones políticas utilizando instrumentos convenientes entre los que destaca el uso ideológico, ya sea de los textos sagrados, ya sea de los mitos transmitidos por la historia. En concreto – dejando de lado en este artículo el importante tema de la exégesis bíblica conducida con interesada exactitud– se advierte el frecuente y calculado recurso a las historias profanas y a las figuras heroicas capaces de representar simbólicamente ideas y programas de un presente muy lejano. Los pensadores políticos dan amplio testimonio de ello cuando, sirviéndose abundantemente del patrimonio de los siglos, introducen en el debate y en la planificación política mitos positivos y negativos, releídos, alterados, oportunamente depurados de sombras y de incómodos detalles y finalmente transmitidos con el prejuicio de la perfección. Mitos, en suma, purgados de muchos elementos históricos que vienen arrinconados si son estériles para la transmisión de principios e ideales en un cuadro de conjunto claro y útil en la contingencia.

De hecho, a los pensadores modernos no les interesa la verdad histórica sino la confección de modelos políticos adecuados al momento. En esta operación los mitos históricos no tienen una función ornamental, sencillamente sirven para la comunicación política, ya sea para avalar el programa político con la autoridad del pasado (uniendo la validez de nuevas reglas a caminos ya recorridos con éxito), ya sea para enunciar dogmáticamente los principios que vienen incorporados directamente en la tradición (manipulando artificiosamente los datos y elaborando de tal modo muchas historias nacionales, las cuales, particularmente en Francia, se desarrollan considerablemente en este período). Si es verdad que la formación del sentido de la individualidad de los pueblos en Europa aparece consolidada hacia finales del siglo XVIII (como ha ilustrado la

magistral lección de Federico Chabod⁴) es también cierta la clara importancia que en este camino tuvieron las historias nacionales –que en Francia se elaboraron y fijaron a lo largo del siglo XVI con la ayuda, en sus respectivos campos, de poetas, escritores, historiadores, filósofos y juristas.

El compromiso doctrinario es, por lo tanto, altísimo. Entre los abundantes mitos utilizados, destacan aquellos que tienen que ver con los orígenes de los pueblos y de las instituciones nacionales (piénsese, por ejemplo, en la célebre discusión sobre los orígenes troyanos de Italia, tesis que conserva su validez, pero que es abandonada a favor de soluciones autóctonas y originarias⁵), o aquellos relativos a los héroes nacionales –así por ejemplo, Etienne Pasquier, en las *Recherches de France*, dedica diversas páginas, además del entero capítulo quinto del sexto libro, al mito de Juana de Arco⁶. El mito de las leyes fundamentales del reino, las cuales, en el siglo XVI entran a formar parte integrante de la soberanía, y más concretamente el mito de la ley sálica –ley que después de décadas de debates de diverso nivel, se afirma entre las *legges imperii*, para imponerse después como cierta e indiscutible hasta la Revolución Francesa⁷– es especialmente importante por las consecuencias de gran alcance que tuvo en Francia. No menos significativo, también por su difusión en Europa, es el mito de los éforos, retomado artificialmente de la historia de Esparta y de las legendarias leyes de Licurgo (por lo demás a todos desconocidas) y proyectado en el Estado moderno para la elaboración del poder de control⁸.

Maquiavelo es un maestro en utilizar la historia para elaborar una nueva ciencia

⁴ CHABOD, F., *L'idea di nazione*, Bari, Laterza, 1961. Este tema ha sido tratado en TESTONI BINETTI, S., *Il pensiero politico ugonotto*, Firenze, Centro Editoriale Toscano, 2002.

⁵ Cfr., entre otros: JOUANNA, A., «Le temps des guerres de religion en France (1559-1598)», en JOUANNA, A., BOUCHER, J., BILOGHI, D., LE THIEC, G., *Histoire et Dictionnaire des Guerres de religion*, Paris, R. Laffont, 1998, 3-304; 267.

⁶ PASQUIER, E., *Les Recherches de la France*, edición crítica de Fragonard, M.-M., y Roudaut, F., 3 vol., Paris, Champion, 1996, 1155-1169.

⁷ TESTONI BINETTI, S., «Casualità e contingenza nella definizione delle leggi fondamentali. Guillaume Postel e il dibattito sulla legge salica», en BIONDI NALIS, F., (ed.), *Studi in memoria di Enzo Sciacca*, vol. I: *Sovranità, Democrazia, Costituzionalismo*, Milano, Giuffrè, 2008, 425-435. A este respecto véase: CONTI ODORISIO, G., *Famiglia e Stato nella "République" di Jean Bodin*, segunda edición revisada y ampliada, Torino, Giappichelli, 1999; y el gran estudio sobre este tema de GIESEY, R. E., *Le rôle méconnu de la loi salique: la succession royale (XVI-XVII siècles)*, Paris, Les Belles Lettres, 2007.

⁸ TESTONI BINETTI, S., «Ephori», en INGRAVALLE, F., y MALANDRINO, C., (eds.), *Il lessico della Politica di Johannes Althusius, L'arte della simbiosi santa, giusta, vantaggiosa e felice*, Firenze, Olschki, 2005, 169-186; y «La figura degli Efori nel pensiero politico moderno. Momenti e aspetti del dibattito sul potere di controllo», en *Magistrature repubblicane. Modelli nella storia del pensiero politico*, Atti del Convegno di Perugia-Gubbio, 30 noviembre-2 diciembre 2006, "Il Pensiero Politico", XL, 2008, 369-380.

política y definir los modelos políticos, por decirlo de algún modo, eficaces. Tanto es así que ha servido de inspiración a una parte importante de la literatura política europea de los siglos XVI y XVII. Esta deuda con el florentino se observa en muchas páginas, las cuales constituyen un consistente capítulo tanto de la historia del maquiavelismo como del antimachiavelismo, dos términos y dos acontecimientos superficialmente y sólo en parte susceptibles de claras distinciones y contraposiciones.

En esta perspectiva, la figura joven, fascinante y un poco misteriosa de Alejandro Magno, el antiguo rey macedonio que no ha cesado de estimular la fantasía y las mentes de las generaciones sucesivas, rejuvenece en el arte, en la literatura y en el debate político del siglo XVI. Su historia de difuminados y ambiguos contornos, tan breve como espléndida; la grandiosidad de sus increíbles y geniales empresas y de su acción política; el halo de leyenda que en muchos casos lo asimila a la divinidad o lo convierte en descendiente del mítico Aquiles y en otros revela las debilidades de una naturaleza pasional y demasiado humana; la muerte precoz inmediatamente seguida del fin de su imperio: todo ello contribuye no sólo a inspirar a artistas y literatos, sino también a captar la atención de pensadores que quieren entender y obtener alguna enseñanza útil, ya sea del condotiero que en poquísimos años pudo conquistar un imperio que superó los confines del mundo entonces conocido, ya sea del político que debió organizar el imperio tan rápidamente conquistado, logrando, con su personalidad, que convivieran pueblos, costumbres y culturas muy distantes y diversas. Héroe o simplemente afortunado, hábil o astuto, verdadero rey o cruel tirano: el mito de Alejandro puede ser diversamente representado pero no puede ser ignorado.

Hoy es común el interés por la cultura griega, a menudo conocida indirectamente a través de reconstrucciones y obras contemporáneas o traducciones latinas. En el caso concreto que nos ocupa, las fuentes utilizadas por parte de los modernos son diversas, pero la principal es el biógrafo Plutarco, interpretado y manipulado de diferentes maneras. Precisamente es el escritor antiguo quien, buscando representar en las *Vidas* la personalidad y la esencia de los hombres, transmitió al Humanismo y al Renacimiento la imagen grandiosa del héroe. La presencia de Plutarco en los escritos de la edad moderna es evidente y constante, si bien las referencias a su obra no siempre son explícitas ni por parte de Maquiavelo, ni mucho menos por parte de la literatura política y moral francesa,

donde el uso maquiaveliano del biógrafo griego aparece a menudo acriticamente.

2. Nicolás Maquiavelo

En el cuadro esbozado por Nicolás Maquiavelo, la figura de Alejandro Magno es evocada en diversas ocasiones en fragmentos generalmente breves pero significativos, y siempre viene considerada en su doble vertiente de condotiero y de sagaz político. Esta figura encaja plenamente en la representación de los modelos que el pensador propone a los príncipes y a los poderosos así como en su concepción del uso práctico de la historia antigua –tal como él repetidamente ilustra a sus contemporáneos, quienes, según su opinión, se obstinan en seleccionar según su placer y arbitrio, los aspectos “delle cose antiche”, en particular “di quelle pertinenti alla vita e costumi degli uomini” sin entender, por tanto, “al tutto la verità”⁹. Aquí reside una buena parte del sentido que el florentino atribuye a toda su obra; se trata de un magisterio entendido como misión, deber y obligación moral, “perché gli è officio di uomo buono, quel bene che per la malignità de’ tempi e della fortuna tu non hai potuto operare, insegnarlo ad altri, acciocché sendone molti capaci, alcuno di quelli più amato dal Cielo possa operarło”¹⁰.

Siguiendo las páginas de *El Príncipe*, el gran macedonio aparece en el importante capítulo cuarto, es decir, en la parte inicial del tratado, constituida por los nueve primeros capítulos. Como destaca Federico Chabod, en ellos el autor considera el principado “nel suo proceso costitutivo e formativo”, y en particular, en los capítulos que van del tercero al quinto, “la conquista di nuove provincie da parte di uno Stato formato e organizzato”¹¹.

A manera de síntesis puede afirmarse que en la óptica del escritor, Alejandro Magno (considerado específicamente en su dimensión de condotiero) si bien es alabado por su habilidad, no presenta las características del héroe extraordinario, y en consecuencia, su empresa no aparece particularmente difícil ni irrepetible. A Maquiavelo le interesa mostrar que las admirables gestas del antiguo héroe no son sobrehumanas, sino imitables, conformes a un modelo de virtud valioso también para el condotiero

⁹ MACHIAVELLI, N., *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, II, Proemio.

¹⁰ *Ibidem*

¹¹ CHABOD, F., «Sulla composizione de “Il Principe”», en *Scritti su Machiavelli*, Torino, Einaudi, 1964, 192.

contemporáneo. Por tanto ilustra y descifra sus empresas sin recurrir a oscuros misterios, sino adecuando la ejemplificación a la lógica de la nueva ciencia política que el príncipe de su tiempo no puede permitirse ignorar. ¿Por qué razón, se pregunta, el reino de Darío¹², ocupado por Alejandro, no se rebeló después de la muerte del Macedonio? El autor introduce el argumento con una pregunta enfáticamente puesta como título del cuarto capítulo, a la que responde sobre la base de una regla general fundamental en su reflexión política: “e principati [...] si truovano governati in dua modi diversi: o per uno principe, e tutti li altri servi, [...] o per uno principe e per baroni, li quali, non per grazia del signore, ma per antichità di sangue, tengano quel grado”.

Como es sabido, Federico Chabod, Giuliano Procacci, Corrado Vivanti y otros estudiosos, han comentado este interesante ejemplo contemporáneo introducido aquí por Maquiavelo, quien compara la monarquía turca con la francesa –clasificadas respectivamente como modelos del primer y del segundo tipo, es decir, de Estados basados en relaciones sociales y de poder elementares y Estados en los que las relaciones sociales son más complejas y articuladas y el poder se transmite a través de los canales de una jerarquía social estratificada y consolidada en la historia y en la tradición¹³. En el breve e incisivo pasaje el autor se centra en la relación entre el grado de complejidad social y las características del Estado y de las instituciones y supera las vagas indicaciones sobre los regímenes despóticos geográficamente situados en países orientales. Tanto es así que según Chabod, el florentino elabora aquí una precisa idea de Europa dotada de rasgos específicos. Es indudable la claridad con la que Maquiavelo capta y define en una acertada síntesis –mediante la contraposición entre dos precisos regímenes contemporáneos– la profunda diversidad existente entre los regímenes despóticos y las monarquías moderadas. A lo largo del siglo XVI este debate será cada vez más intenso en Francia, donde los pensadores políticos compararán, definiéndolos, los rasgos del poder *seigneuriale* y los del poder moderado como el ejercido en la monarquía *reglée*, legítima o *royale*. Como sintetiza Enzo Sciacca, esta contraposición “constituye la estructura de la teoría de la monarquía en

¹² Darío III Codomano, rey de Persia.

¹³ Cfr. PROCACCI, G., «Niccolò Machiavelli», en FIRPO, L., (ed.), *Storia delle idee politiche economiche sociali*, vol. III, Torino, UTET, 1987, 269; PROCACCI, G., *Machiavelli nella cultura europea dell'età moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1995, 171 y ss.; CHABOD, F., *Storia dell'idea di Europa*, a cura di Sestan E., y Saitta A., Bari, Laterza, 1961, 49-51; VIVANTI, C., *Niccolò Machiavelli. I tempi della politica*, Roma, Donzelli Editore, 2008, 213-218.

el pensamiento político, especialmente francés, desde Seyssel a Le Roy y Bodin, hasta Montesquieu”¹⁴. En el cuarto capítulo de *El Príncipe* la relación entre la complejidad social, los modos de gestión del poder y la fuerza del Estado es clara, lo que constituye una evidente alusión a la necesidad de la ciencia política. Según Maquiavelo el primer tipo de Estado es muy difícil de conquistar pero fácil de conservar, mientras el segundo es fácil de conquistar pero difícilísimo de mantener. Volviendo a Alejandro, Maquiavelo, al valorar el reino de Darío, lo considera del primer tipo. Esto explicaría no sólo la dureza de la conquista sino también la seguridad con la que el conquistador logró gobernar el reino, que luego perdieron sus sucesores, incapaces y belicosos¹⁵. La utilidad de la lección consiste en que, en este caso, el gran guerrero no se encontró frente a una empresa política de valor sobrehumano, sino al contrario, frente a una empresa humanamente factible.

No por ello Maquiavelo resta valor a la grandeza de Alejandro y a su función de modelo ejemplar. Político prudente y perspicaz, el antiguo héroe funda su sabiduría, a su vez, en la elección de un modelo de referencia, siguiendo la regla que los príncipes deberían seguir. Todo político, ya sea hombre de armas o de gobierno, además de poseer virtud necesita del atento análisis de figuras adecuadas. No hay duda de que para Maquiavelo, Alejandro posee la virtud por excelencia, ello es, la virtud del príncipe-león que piensa en la “guerra et ordini e disciplina di essa” porque ella es la “sola arte che si espetta a chi comanda”¹⁶. En todas sus obras el autor incita a aprender el arte de la guerra pero también insiste en la importancia, sobre todo para el guerrero, de ejercitar la mente (o sea de “leggere le istorie”) y de estudiar los comportamientos de los hombres excelentes, asumiendo con discernimiento el propio modelo que debe seguirse en los “gesti” y en las “azioni”. Es justamente por esta doble cualidad que la figura de Alejandro resulta excelente: él “imitava Achille”, del mismo modo que César imitaba a Alejandro¹⁷.

La personalidad del héroe aparece en primer plano en el diálogo *El arte de la guerra*,

¹⁴ SCIACCA, E., *Principati e repubbliche. Machiavelli, le forme politiche e il pensiero francese del Cinquecento*, Firenze, Centro Editoriale Toscano, 2005, 25.

¹⁵ MACHIAVELLI, N., *Principe*, IV.

¹⁶ Ivi, XIV.

¹⁷ Ivi. En sus *Vidas paralelas* Plutarco equipara a Alejandro y a César, aunque en la obra falta la *synkrisis* en la que normalmente, como conclusión de las biografías, los personajes son comparados. Cfr. PLUTARCO, *Alexander*, 8, y *Caesar*, 11, y también CURZIO RUFO, Q., *Historiarum Alexandri libri*, IV, 6, y Svetonio, *Divus Iulius*, 7.

concretamente en las palabras de Fabrizio Colonna (personaje a quien el autor confía la exposición de sus ideas). Con Alejandro reaparece el retrato tantas veces auspiciado de un príncipe joven y vigoroso, agudo conocedor de los secretos y mecanismos técnicos del arte bélica. La atenta lectura del diálogo somete el texto al análisis de los aspectos más interesantes de la personalidad del antiguo héroe para diseñar el perfil ideal del príncipe moderno y definir sus requisitos. La excelencia de Alejandro se observa en todos sus comportamientos, también en aquellos aparentemente insignificantes, pero reveladores, en realidad, de cualidades necesarias. Así lo evidencia el sabio uso de la bandera, de la música y de los instrumentos musicales para suscitar y mantener en el ejército la emoción adecuada al momento y a los deberes impartidos¹⁸; o la importante costumbre de hablar a menudo y personalmente con los soldados para infundir coraje, disipar sospechas, prometer premios, indicar los peligros y la manera de evitarlos, es decir, para comunicar “tutte quelle cose per le quali le umane passioni si spengono e si accendono”¹⁹.

En las expresiones de Fabrizio Colonna destaca la imagen del hombre político y de gobierno representada en *El Príncipe* con la metáfora del león, en contraposición a la figura que funda su fuerza en la astucia simbólicamente representada por la conducta del zorro. Gracias a la sabiduría y al profundo conocimiento de los hombres, que acompañan a quienes poseen un ánimo fuerte y virtud, puede decirse que Alejandro posee también la virtud política y de gobierno. El autor ejemplifica de diversos modos las implicaciones positivas que la posesión y el uso de la fuerza comportan –sin que ésta se reduzca a mera expresión del vigor físico. De hecho, el joven rey demuestra felizmente la natural perspicacia política propia de un príncipe fuerte. Todavía en el diálogo de *El arte de la guerra*, es significativa su atención al rango y a las jerarquías sociales como lo demuestra el hecho de que, habiendo partido hacia Asia, Alejandro deje el gobierno de Tracia “a uomini vili”, mientras se lleva consigo a los nobles: “e così fece i principi contenti, pagandogli, e i popolari quieti, non avendo capi che gli inquietassono”²⁰.

Por tanto, también en el diálogo *El arte de la guerra* Maquiavelo subraya las razones profundas de la grandeza y del éxito de Alejandro Magno para captar y transmitir sobre

¹⁸ MACHIAVELLI, N., *Dell'Arte della Guerra*, a cura di Anselmi, G. M., y Varotti, C., Torino, Bollati Boringhieri, 1992, 214 y 240.

¹⁹ Ivi, 255-256.

²⁰ Ivi, 295-296.

qué principios y fundamentos se basa y en qué medida es imitable y repetible. Una vez más emerge una acertada combinación de dotes personales y de circunstancias favorables, de virtud y de fortuna, que se apoyan recíprocamente. Por decirlo brevemente, no todos saben perseguir y alcanzar la fortuna, ni mucho menos quieren hacerlo. Además no basta el valor y la habilidad política para explicar la complejidad de la epopeya de Alejandro y el éxito extraordinario de sus acciones; se necesitan también los afortunados presupuestos psicológicos de su carácter. Como se lee en *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio*, su grandeza se debe, sobre todo, a su innata ambición y a su irreprimita búsqueda de gloria –rasgos que constituyen el verdadero fundamento y el objetivo primario ya sea de las grandes empresas, ya sea de la ciencia del gobierno. Se trata de aspectos no secundarios de la personalidad del héroe, premisas imprescindibles de toda gesta memorable. Según una distinción que el florentino destaca, no es por necesidad sino por gloria por lo que Alejandro combate y expande su imperio²¹; es por la gloria por lo que edifica Alejandría²²; y es por la gloria que actúa con gran sabiduría, gobernando con clemencia a los pueblos conquistados y revelándose como político prudente. Así lo demuestra, por ejemplo, el que en la elaboración del modelo urbanístico y en la elección del lugar adecuado para la construcción de Alejandría prefiriese la fertilidad del territorio “dove gli abitatori avessero a stare volentieri per la grassezza del paese e per la comodità del mare e del Nilo”, a la sorprendente rareza del proyecto sugerido por el ambicioso y fatuo arquitecto²³.

Por lo tanto, también en este caso, Maquiavelo niega que exista un contraste entre las esferas de la guerra y de la política; para él esta separación es nociva y anticuada, y es la causa de que todavía muchos príncipes italianos permitan la ruina de sus países. Con este ánimo condena –como advierte Fabrizio en las últimas páginas del diálogo sobre la guerra– la política de las palabras cultas y agudas, de los bellos ornamentos, de las cortes refinadas, de los ocios, de la avaricia y de la soberbia, de las concesiones por gracia de los encargos militares (sin consideraciones acerca del mérito y del valor). En pocas palabras,

²¹ MACHIAVELLI, N., *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, II, 8.

²² *Ivi*, I, 1.

²³ *Ibidem*. La opción del arquitecto Dinocrate era sobre el monte Athos “il quale luogo, oltre allo essere forte, potrebbe ridursi in modo che a quella città si darebbe forma umana, il che sarebbe cosa maravigliosa e rara, e degna della sua [de Alejandro] grandezza”; en cuanto al sustento de los habitantes, el incalificable arquitecto “rispose non ci avere pensato”.

la política que ignora las historias de los príncipes excelentes, los cuales siempre han sido antes que nada guerreros acostumbrados al sacrificio y a la lucha. Nadie mejor que Alejandro puede demostrar la importancia de las líneas virtuosas y continuas de magisterio, como aquella en la que él mismo se inscribe y que abarca desde el Aquiles homérico, su primer inspirador, hasta Filippo, pasando por el tebano Epaminondas –con quien Filippo aprendió a ordenar los ejércitos y a conducirlos, hasta convertirse él mismo “tanto potente che potette in pochi anni tutta occuparla [Grecia], e al figliuolo lasciare tale fondamento, che poté farsi principe di tutto il mondo”²⁴.

Alejandro constituye un modelo perfecto e imitable de príncipe. Para él son adecuados los atributos reservados en las *Historias Florentinas* a Castruccio Castracani: “giovane, ardito e feroce, e nelle sue imprese fortunato”²⁵. En realidad, Alejandro fue más afortunado que Castruccio, el cual, como se lee en las últimas líneas de *La vida de Castruccio Castracani de Lucca*, habría podido tener un grandioso porvenir “se in cambio di Lucca, egli avessi avuto per sua patria Macedonia o Roma”²⁶. La fortuna de Alejandro consistió, en parte, en la favorable ocasión preparada por su padre, ya que pudo aprovechar la línea ascendente de la parábola macedonia: la fortuna, única que puede exaltar la virtud en la historia, en la que gloria y declive se alternan.

Con este lineal retrato la figura de Alejandro el Macedonio destaca en el manual para los príncipes elaborado por Nicolás Maquiavelo, desatendido conector de la nueva ciencia política²⁷.

3. El mito de Alejandro Magno en el pensamiento político francés del siglo XVI

Siguiendo las vías del intrincado laberinto de los maquiavelismos y elaborando una visión de conjunto de la Francia del siglo XVI, se descubre la persistente actualidad del mito y de la figura de Alejandro Magno, cuyas caracterizaciones en el interior del debate político

²⁴ Ivi, 320-321. La fuente principal de Maquiavelo sobre la vida de Alejandro es Plutarco.

²⁵ MACHIAVELLI, N., *Istorie fiorentine*, II, 26.

²⁶ MACHIAVELLI, N., *La vita di Castruccio Castracani da Lucca*. En este fragmento, en realidad Castruccio es comparado con Filippo y César en lugar de directamente con Alejandro.

²⁷ MACHIAVELLI, N., *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, I, 1, 321: “E io mi dolgo della natura, la quale, o ella non mi dovea fare conoscitore di questo, o ella mi dovea dare facultà a poterlo eseguire”.

resultan en muchos aspectos discordantes. Si se excluyen algunas expresiones de pensamiento de carácter pacifista –con las que la idealización de Alejandro no puede conciliarse– se puede decir que en la primera mitad del siglo la fisonomía mítica del joven macedonio encarna simbólicamente al buen monarca, tal como se observa no sólo en la literatura política, sino también en otras manifestaciones artísticas y literarias. Claro ejemplo de ello son las decoraciones del castillo de Fontainebleau, hecho construir por Francisco I –rey culto, ambicioso, amante de las artes y protector, con su hermana Margherita d’Alençon, de las letras y de la nueva cultura– quien encargó al italiano Francesco Primaticcio representar en la habitación de Madame d’Étampes las escenas de la historia de Alejandro. En éstas, Alejandro, flanqueado por Guillaume Budé, es caracterizado como rey filósofo –siguiendo la lección que el monarca había aprendido de Aristóteles²⁸. En la sala de la Duquesa, con una atrevida combinación de frescos y estucos, el artista boloñés interpreta, entre 1541 y 1544, el ideal del príncipe con escenas que evocan la fiereza, la generosidad y los amores del antiguo rey, y donde se observan claras y audaces alusiones a la vida del monarca francés²⁹.

Por lo que respecta a los pensadores políticos, basta observar las prestigiosas páginas de la *Monarchie de France* (1519) en las que Claude de Seyssel retoma la idealización de Alejandro y alaba su virtud militar y su valentía, cualidades ambas en las que se fundan sus grandes empresas. Estas cualidades resultan mucho más valiosas que la experiencia y el conocimiento del arte de la guerra que, según el escritor, el rey macedonio no podía poseer debido a su joven edad³⁰. Todavía más relevante es que en su valoración de la figura del antiguo rey y condotiero, Seyssel estima y exalta la capacidad que hace de Alejandro uno de los grandes monarcas de todos los tiempos, ello es, la *police* sabiamente manifestada en la conservación de los países conquistados y en la consecución del amor y de la obediencia de los pueblos, mediante el respeto de sus costumbres³¹.

²⁸ Cfr. JOUANNA, A., «Le temps de la Renaissance en France (vers 1470-1559)», en JOUANNA, A., HAMON, P., BILOGHI, D., LE THIEC, G., *La France de la Renaissance. Histoire et Dictionnaire*, Paris, Robert Laffont, 2001, 250-251.

²⁹ En la habitación de la Duquesa d’Étampes sólo una pared conserva decoraciones originarias. Entre los hermosos altorrelieves, se observan los frescos del matrimonio de Alejandro y de Rosana, y los del rey macedonio intentando domar el caballo Bucéfalo.

³⁰ DE SEYSSEL, C., *La Monarchie de France*, pour Poujol, J., Paris, Librairie D’Argences, 1961, III, 7, p. 177 ; y 9, 181.

³¹ Ivi, V, 6, 211; y 9, 217.

Sin embargo, será en la segunda mitad del siglo, durante las guerras de religión, cuando el mito de Alejandro de Macedonia resulte controvertido. Es entonces cuando – entre maquiavelismo inconfesado o inconsciente y antimachiavelismo sincero u ostentoso– cualquier tema se convierte en argumento y razonamiento para prefigurar al monarca deseable, para captar cuáles (si es que las hay) son las reglas que lo pueden controlar y para saber si tendrá el poder y la virtud adecuados para gobernar los conflictos y las divergencias presentes en toda sociedad.

Los monarcómacos hugonotes no estiman a Alejandro: Calvino ni siquiera lo menciona y aquellos tampoco hablan mucho de él, aunque están de acuerdo en considerarlo un tirano. Las razones se pueden ver resumidas en las *Vindiciae contra tyrannos* en las que el rey macedonio es recordado varias veces por representar la figura del tirano: considerado como uno de los “grandes del mundo” que ha podido pensar en compartir “con Dios el poder de mandar”³², Stephanus Junius Brutus subraya la soberbia pretensión de ejercer un poder personal superior a la ley³³ y de ser llamado hijo de Júpiter. Su repentina muerte viene explicada por el pensador calvinista como un merecido castigo divino para abatir sus triunfos³⁴. El autor describe al joven macedonio como un rey falso y mentiroso (“profundamente angosciato per la morte del suo amico Clito che proprio lui aveva ucciso”³⁵) que ha extendido sin medida los confines de la Macedonia con el falso pretexto de reprimir a los tiranos³⁶ –pero imponiéndose de hecho como tirano *absque titulo*³⁷. Según el explícito juicio del autor, Alejandro no es mejor que el pirata Diomedes o que cualquier vulgar ladrón³⁸, aunque es cierto que se le debe reconocer el respeto a la ley, a las costumbres, a los privilegios y a las inmunidades de los pueblos sometidos.

Según el autor de las *Vindiciae* y sus correligionarios, es lícito y obligado resistir contra Alejandro y contra todos los que son como él, utilizando todos los medios necesarios para resistir al tirano sin título. Evidentemente, no se trata de incompatibilidad entre las ideas políticas de los monarcómacos calvinistas y de la mítica figura de Alejandro,

³² STEPHANUS JUNIUS BRUTUS, *Vindiciae contra tyrannos* (1579), tr. it. de Testoni Binetti, S., Torino, La Rosa editrice, 1994, 18.

³³ Ivi, 101.

³⁴ Ivi, 27.

³⁵ Ivi, 103.

³⁶ Ivi, 177.

³⁷ Ivi, 141.

³⁸ Ivi, 150.

sino más bien del uso ideológico de elementos prudentemente seleccionados y artificiosamente combinados para ser introducidos en un cuadro funcional que pueda apoyar sus tesis en el debate contingente. Cambiando de escenario y desplazando el contexto, se observa como Johannes Althusius –que puede ser considerado el último monarcómaco calvinista, muy influido por los monarcómacos franceses y en particular por las *Vindiciae contra tyrannos*– recurriendo asimismo a la historia –también por él considerada un precioso patrimonio de ejemplos y de situaciones que deben estudiarse atentamente, “luz de verdad, maestra de vida y guía de las acciones”³⁹– no duda en considerar positivamente el mito de Alejandro y en reconocerle la posesión de la *authoritas*, de un carisma personal, que, junto con su innegable fortuna, “que en general acompaña al juicio y al raciocinio”, le ha permitido prevalecer y vencer a muchos pueblos⁴⁰ –a pesar de los innegables errores cometidos⁴¹, de sus vicios y de su falta de moderación⁴².

Pero los conflictos de religión en Francia, sobre todo en las duras fases de los años setenta y ochenta, inducen a elaborar síntesis diversas y oportunamente antitéticas. Así se explican las valoraciones de los *politiques* (convencidos defensores de la centralidad del Estado para lograr la salvación de la monarquía) quienes contraponen sus reconstrucciones históricas a las de los monarcómacos hugonotes. Por ello en muchas circunstancias fueron considerados maquiavelistas, a pesar de su declarado antimachiavelismo⁴³. En las páginas de Jean Bodin puede encontrarse alguna afinidad con el mito representado en la obra de Maquiavelo, aunque en un cuadro de conjunto diferente. En el *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* de 1566, Bodin, a propósito de la utilidad de la historia, retoma los temas del magisterio maquiaveliano, de la validez de su estudio y de la emulación de los modelos del pasado, siguiendo la línea de quienes

³⁹ ALTHUSIUS, J., *Politica methodice digesta* (1603), tr. it. *La Politica, Elaborata organicamente con metodo, e illustrata con esempi sacri e profani*, a cura di Malandrino, C., Torino, Claudiana, 2009, XXI, 13, 905.

⁴⁰ Ivi, XXXV, 54-58, 1577-1579.

⁴¹ Según Althusius el haber pasado por alto la designación de un sucesor favoreció la destrucción del imperio de Alejandro después de su muerte. Ivi, XIX, 88, 857.

⁴² Tres son los grados que señalan la parábola de los gobernantes, hasta convertirse en “odiosos y detestables para Dios y para los hombres”: la seguridad en uno mismo, la soberbia y, finalmente, la ruina. Ivi, XXIV, 5, 1025-1027; y XXV, 30, 1107.

⁴³ Los *Politiques* son considerados maquiavelistas, sobre todo por parte de los *Ligueurs*, a causa de su planteamiento posibilista en los asuntos de Navarra. Cfr. JOUANNA, A., «Le temps des guerres de religion en France (1559-1598)», 350-351. Sobre la facilidad con la que era posible despertar sospechas de maquiavelismo en relación a planteamientos políticos concretos véase: BATTISTA, A. M., «Pasquier e Machiavelli» (1961), y «Sull'antimachiavellismo francese del secolo XVI» (1962), en *Politica e morale nella Francia dell'età moderna*, a cura di Lazzarino Del Grosso, A. M., Genova, Name, 1998, 53-107.

explican la virtud de César con la imitación de Alejandro Magno, y, a su vez, la de Alejandro con la imitación del Aquiles homérico. Ello le permite completar el razonamiento buscado, es decir, exaltar la superioridad cultural e institucional de Francia y la deuda de las grandes potencias del mundo con la cultura francesa. De este modo interpreta oportunamente que la gloria de Carlos V se debe a la “emulación del rey de Francia Luis XI inmortalizado en la historia de Comynes”⁴⁴. Posteriormente, la figura del rey macedonio reaparece en el complejo discurso de Jean Bodin, incorporada naturalmente en un diseño divino que puede ser demostrado con la atenta aplicación de la teoría de los números. El análisis de Bodin sobre la duración del reino de Macedonia niega que la parábola política del antiguo Estado pueda ser explicada mediante el presunto poder del destino o de los mismos números (a este respecto cita a Platón⁴⁵) y la atribuye a la majestad divina –la cual, como afirma apoyándose en la autoridad de Agustín, “es el mismo destino u otro destino no existe”⁴⁶ que ha relacionado maravillosamente cada cosa con “número, orden y medida”⁴⁷.

En esta perspectiva, en la *République*, la figura de Alejandro concentra las características del óptimo rey. El autor evidencia repetidamente la legitimidad de su poder –dando crédito a las afirmaciones de Plutarco sobre la procedencia directa de Alejandro de la sangre de Hércules y el logro del trono de Macedonia por derecho hereditario⁴⁸– y lo evoca como caso ejemplar cuando reivindica la adhesión al derecho de naturaleza de la ley de sucesión al trono que reserva la corona al descendiente masculino primogénito: “No basta con que sea observado el derecho de sucesión, sino que es necesario que el sucesor sea el pariente más cercano al monarca, naturalmente hombre y que lleve su nombre, o sea su primogénito, el primero que haya nacido de él. El orden de la naturaleza quiere que el hijo mayor camine el primero detrás de su padre y que los otros lo sigan, cada uno en su sitio, y en consecuencia que él sea preferido a los otros. Se puede decir que esta es una ley natural, que es y que siempre ha sido común a casi todos los pueblos”⁴⁹.

⁴⁴ J. Bodini *Methodus ad facilem historiarum cognitionem libri VI*, Parisiis, apud Martinum Iuvinem, 1566, tr. it. BODIN, J., *Avviamento alla conoscenza storica*, Trapani, Celebes, 1968, 13.

⁴⁵ Ivi, 202.

⁴⁶ Ivi.

⁴⁷ Ivi. Cfr. BODIN, J., *Les six livres de la République*, IV, 1-2; tr. it. *I sei libri dello Stato*, 3 vol., a cura di Isnardi Parente, M., y Quaglioni, D., Torino, UTET, 1964-1997; en particular, sobre el reino de Macedonia, vol. II, 445.

⁴⁸ Ivi, vol. I, 583; también vol. III, 497.

⁴⁹ Ivi, vol. III, 518-519. Cfr. *supra* n. 6.

Con lo visto se comprende el énfasis que Jean Bodin muestra hacia la natural realeza del comportamiento de Alejandro, quien viene presentado como soberano absoluto⁵⁰ y respetuoso con la religión⁵¹. Pero el retrato que emerge de las páginas de la *République* es mucho más elocuente, pues está dotado de cualidades ajenas a los antiguos macedonios y que nacen, más bien, del proyecto del convencido *politique*. Este retrato representa la imagen de un monarca que conoce los principios de la justicia armónica y los usa con pericia y sagacidad concediendo a los súbditos del imperio derechos, privilegios y riquezas, de acuerdo con su grandeza y majestad⁵², situándose por encima de las discordias⁵³ y aprovechando sabiamente las capacidades de los súbditos a favor del reino, según los criterios del regio monarca. Como síntesis véase el hermoso pasaje del importante capítulo tercero del segundo libro, titulado *Della monarchia regia*, en el que se afirma que, desconociendo las advertencias de Aristóteles que ordenan comportarse “hacia los griegos como un padre, hacia los bárbaros como señor”, Alejandro quiso “que el criterio de distinción entre bárbaros y no bárbaros residiera exclusivamente en las virtudes y en los vicios, de modo que toda la tierra se convirtiese en una sola ciudad cuyo campamento fuese como la torre de vigilancia”.⁵⁴

Una representación todavía más interesante que atestigua la penetración del maquiavelismo en Francia, aparece en las páginas de otro importante *politique*, el gran historiador Etienne Pasquier —para quien la lectura de las historias antiguas y recientes se enmarca en la búsqueda del genio francés y en la reflexión sobre el espíritu de los pueblos en las historias nacionales. Significativamente y con intencionada singularidad, con la pretensión de mostrar “quelle fut l’ancienneté de nostre France”, titula su monumental investigación histórica: *Les Recherches de la France*⁵⁵. En esta obra evoca en diversas ocasiones la figura de Alejandro Magno, de quien constantemente subraya los rasgos de liberalidad y generosidad⁵⁶; también, por decirlo “maquiavelianamente”, subraya que el Macedonio gozó del favor de tiempos favorables: “le temps propre, et favorable”. Es precisamente la condición de unos tiempos favorables lo que posibilita la aparición de los

⁵⁰ Ivi, vol. I, 586.

⁵¹ Ivi, vol. II, 578.

⁵² Ivi, vol. I, 289, 298-299; vol. III, 159.

⁵³ Ivi, vol. II, 562.

⁵⁴ Ivi, vol. I, 580.

⁵⁵ Cfr. PASQUIER, E., *Les Recherches de la France*, l. I, 2, 253.

⁵⁶ Ivi, l. III, 279, 786; l. VI, 527, 1255.

más grandes hombres⁵⁷ –los cuales no están exentos de aspectos negativos comunes a la naturaleza humana, la cual, según su opinión, es algunas veces tan torpemente *farouche* que olvida que una sola injuria es suficiente para borrar al instante una infinidad de servicios prestados⁵⁸. Tampoco faltan referencias en el *Pourparler du Prince*, publicado en 1560 junto con los primeros dos libros de las *Recherches*⁵⁹.

Por tanto, el mito de Alejandro puede ser utilizado en diversos discursos (incluso en el mismo contexto histórico) para apoyar tesis y perspectivas concretas que deben debatirse entre las diversas partes. Desde este punto de vista asume una particular importancia el breve diálogo titulado *L'Alexandre*, publicado por Pasquier en 1581 en una edición que comprende los primeros dos libros de las *Recherches*, el *Pourparler du Prince*, el *Pourparler de la Loy* y *L'Alexandre*⁶⁰. No trataré aquí la estrecha relación implícitamente establecida entre los diálogos y las investigaciones históricas, según atestigua la singular disposición editorial⁶¹. Basta recordar que los *Pourparlers* son entendidos por el autor como disputas que retoman y proponen densos y profundos debates sobre problemas eternos de la política y del poder, tales como las formas de gobierno y la seguridad de la ley, reproduciendo de este modo el debate político contemporáneo; y se incorporan en la gran obra histórica con la importante función de explicar de manera ágil pero viva y eficaz, a través de la forma dialógica, los difíciles nudos de la política y el significado ideológico de las investigaciones históricas y de sus indicaciones. En suma, los *Pourparlers*, curiosamente incorporados en el interior de la obra histórica, potencian su efecto pues al ser formas más sencillas de la comunicación de las ideas y del pensamiento sobre los mismos problemas y medios, facilitan la comprensión de la historia y del valor político de la misma. De este modo sumamente original, el autor contribuye a la radical transformación de los artificios retóricos de la comunicación, de los métodos y de los cánones

⁵⁷ Ivi, l. III, 184, 602.

⁵⁸ Ivi, l. VI, 584, 1356-1357.

⁵⁹ PASQUIER, E., *Des Recherches de la France, livre premier, plus un Pourparler du Prince*, Paris, pour Vincent Sertenas (Jean Longis y Robert Le Manguier), 1960.

⁶⁰ PASQUIER, E., *Des Recherches de la France, livre premier et second, plus un Pourparler du Prince et quelques dialogues*, Paris, G. Robinot, 1581. Para los diálogos véase: PASQUIER, E., *Pourparlers*, edición crítica comentada por Sayhi-Périgot, B., Paris, Champion, 1995.

⁶¹ Sobre este problema cfr. TESTONI BINETTI, S., «La 'filosofía' del príncipe nei Pourparlers di Etienne Pasquier», en *Il potere come problema nella letteratura politica della prima età moderna*, 113-140. Cfr. también TESTONI BINETTI, S., «La finzione dell'incontro fra amici nel pensiero politico», en Angelini, G., y Tesoro, M., (eds.), *De Amicitia, Scritti dedicati a Arturo Colombo*, Milano, Franco Angeli, 2007, 29-38.

historiográficos.

Entre los *Pourparlers*, *L'Alexandre*⁶² es un claro ejemplo de la búsqueda de renovación de las disciplinas del hablar y del escribir que en este período se añaden a los tentativos de simplificación de la lengua hablada y escrita a la que se dedican muchos hombres cultos, incluidos importantes pensadores políticos como Théodore de Bèze – cuyos esfuerzos están motivados por problemas conectados con la lectura y la predicación de las Escrituras⁶³. El diálogo de Pasquier versa sobre problemas específicos del método histórico y se refiere, en particular, al uso de la historia como arma de polémica ideológica. Se trata de un diálogo que se desarrolla en el reino de los muertos, donde razón e imaginación se valen de un peculiar entrelazamiento entre inverosimilitud de las relaciones descritas y aparente distancia de las pasiones de los vivos, con la que se logra transportar al lector a un escenario creíble, aunque sencillamente impregnado de una luz de desencantado realismo.

Los interlocutores son François Rabelais y Alejandro Magno, el primero en el papel de acusador, el segundo dedicado a la defensa política de sus acciones. La poliédrica personalidad del escritor francés de la primera mitad del siglo, junto con la viva variedad de su producción (en la que destaca la insistencia provocativa sobre los aspectos menos edificantes del comportamiento humano) y la multiforme experiencia de vida conducida con una total intransigencia hacia las reglas, están probablemente en el origen de la elección del personaje –cuya discutible filosofía de vida y de pensamiento revela la incesante búsqueda de una renovación general de la cultura de su tiempo, que abarca desde los ideales morales y filosóficos hasta las normas estilísticas de la expresión lingüística y verbal. La enigmática inconsistencia de las situaciones, los enmascaramientos, y las paradojas que caracterizan los escritos del famoso humanista, muestran simbólicamente un nuevo orden, probablemente armónico, basado en la disposición invertida de muchos valores y de muchos principios –que se enmarcan en el registro del diálogo en el infierno y de los enmascaramientos simbólicos sobre los que Pasquier centra su lección. De todos modos, el autor de las *Recherches* no cesará de expresar su consideración hacia la obra de Rabelais, hasta el punto de considerarlo, años después,

⁶² PASQUIER, E., *L'Alexandre*, en *Pourparlers*, cit., 193-223.

⁶³ Entre la abundante bibliografía cito, a modo de ejemplo, BERTHOUD, G., (ed.) *Aspects de la propagande religieuse*, Genève, Droz, 1957.

como uno de los mejores poetas que ha escrito en francés, claramente dotado de espíritu e inteligencia, “qui avoit plus de jugement et doctrine, que tous ceux qui escrivirent en nostre langue de son temps”. Por tanto, confía al humanista docto y anticonformista el deber de censurar, sin ninguna deferencia ni ambigüedad, a Alejandro por diferentes errores políticos. Entre estos es fácil identificar preocupaciones y sentimientos difundidos en la Francia de la época como: la contaminación de las costumbres nacionales con las persas (que despierta dudas sobre la veracidad histórica del relato según el cual Alejandro fue el verdadero vencedor en este enfrentamiento); los vicios personales (entre los que destaca su frecuente estado de ebriedad); el planteamiento religioso (donde no puede pasarse por alto la grave imposición del culto de su persona como hijo de Zeus); y finalmente la crueldad y la incapacidad de perdonar incluso a aquellos que le ayudaron en sus victorias. Alejandro rechaza coherentemente todas las acusaciones, imputando a sus detractores escaso discernimiento y la grave responsabilidad de emitir falsos juicios históricos: “Car, si ceux dont tu parles eussent esté de bon discours, ilz eussent tout autrement donné de moy à entendre qu’ilz n’ont fait”. Su apasionada autodefensa delinea un príncipe que ha procurado sólo bienes y ventajas al propio país, un príncipe virtuoso, justo, valiente, magnánimo, que ha sabido aprovechar las posibilidades que el favorable momento le ha ofrecido.

El denso debate entre los dos interlocutores pone de manifiesto la inevitable ambigüedad del poder, que en determinadas circunstancias puede imponer el uso de medios aparentemente discutibles y hasta inmorales, pero que resultan idóneos para la conservación del orden; así por ejemplo, la contaminación de las costumbres y la instrumentalización de la religión.

En la interesante y confusa trama de motivos que concurren en una cultura que ya no puede prescindir de Maquiavelo y del maquiavelismo, la representación pascasiana de Alejandro no busca justificar un príncipe de corte maquiaveliano. El objetivo del *pourparler* es el falso juicio histórico como problema metodológico, lo que afecta al nivel de competencia de los mismos historiadores “il ne faut qu’homme du monde entrepreigne de mettre la main à la plume pour écrire une histoire, s’il n’est digne par mesme moyen de manier les affaires”, capacidad bastante extraña cuya ausencia tendrá consecuencias duraderas sobre los lectores “un simple peuple, qui se laisse du tout manier u plaisir de ces

beaux escriptz, demeure à tort et sans occasion mal informé de nous autre”. El *pourparler* indica que los hechos pueden generar peligrosos equívocos si no se interpretan correctamente, ya sea en la lectura del pasado, ya sea en la perspectiva de un futuro por construir en armonía y continuidad con las costumbres. Por este motivo, el diálogo *L’Alexandre* forma parte, junto con los otros *Pourparlers*, de la importante y docta obra histórica: una monumental investigación que contiene e indica la justa interpretación del pasado, los rasgos de la monarquía francesa, la respuesta de Pasquier a los problemas de la naturaleza y de los límites del poder, y finalmente, las perspectivas del porvenir según una visión que será plenamente recibida por los *politiques*.

4. Conclusión

El tema de los mitos y de las figuras tomados de la tradición de la antigüedad clásica y reelaborados en la literatura política moderna –ya sea en obras fundamentales del pensamiento, ya sea en escritos divulgativos y de propaganda– merecería ser desarrollado más ampliamente. El ejemplo referido y los textos arriba analizados sobre el mito de Alejandro Magno, sobre su supuesto perfil político e institucional y sobre la grandeza de sus gestas, muestra que durante la primera edad moderna muchas historias –idealizadas y retomadas indiferentemente de un remoto pasado o de las más recientes historias nacionales según interpretaciones acrílicas y conscientemente estereotipadas– pasaron a formar parte de la cultura corriente y estuvieron presentes en la inspiración artística, literaria e también de diseños políticos concretos. El caso propuesto permite aclarar muchos aspectos de carácter metodológico sobre los modos y medios de la comunicación política y contribuye a esclarecer las intenciones, propuestas e ideales que se defienden en el debate político. En esta óptica el antiguo rey y condotiero macedonio resulta una figura emblemática que, por sus aspectos multiformes y controvertidos, puede ser utilizada en ocasiones para defender visiones opuestas de la política y para apoyar discursos tendenciosos, hasta el punto de ilustrar adecuadamente el uso instrumental de los modelos históricos y los mecanismos intelectuales de su deformación para elaborar mitos políticos y comunicar públicamente los ideales que deben realizarse.